

La Semana Ilustrada

Año I.

Redacción: Marqués de la Ensenada, 8.
Administración: Mesonero Romanos, 31.

Madrid 8 de Junio de 1907

Número suelto: 10 céntimos.

Núm. 6.

EL TORERO MILLONARIO



LA ALTERNATIVA DE SEGURA

Ayuntamiento de Madrid

NUESTRAS PLANAS EN COLOR

El torero millonario.

ANTEAYER tomó la alternativa en nuestra plaza el joven millonario mejicano D. Vicente Segura, que, por lo visto, cultiva el arriesgadísimo deporte de tumbar astados a sopapo limpio, pensando únicamente en las aclamaciones de la multitud.

Su presentación en Madrid ha sido un verdadero acontecimiento taurino. Del trabajo del joven matador nada hemos de decir. Segura cobra, pero reparte entre los pobres lo que gana, y esta generosidad conquista nuestras simpatías. Caballeros a quienes todos conocemos, mucho más ricos que el lidiador mejicano, afrontarían la bárbara pujanza de cien toros antes que dar media peseta.

Además, el torero millonario, al presentarse en los circoes españoles, solo aspira, según dicen sus íntimos, a doctorarse en la carrera taurina, para recorrer luego, con cierta autoridad, las plazas mejicanas.

Así sea. Nosotros deseamos al joven D. Vicente muchos aplausos y pocos chichones. De cornadas no hay que hablar, siquiera, por más que el originalísimo matador, que estrelló contra un muro su automóvil, para sentir la emoción del choque, pudiera, por capricho, bailar una contradanza entre los pitones de un berrendo.

Guardias y ladrones

La historia lamentable del bandolerismo andaluz, acaba de enriquecerse con un nuevo capítulo, escrito a fusilazos por la Guardia civil y por el *Pernales* y sus compañeros de aventuras. He aquí los hechos:

El 30 de Mayo, a las siete de la tarde, el coche del diputado provincial, don Juan de Dios Porras, fué detenido por cuatro hombres perfectamente equipados y armados, en la provincia de Córdoba, entre los pueblos de Alcolea y Villafranca. Eran el *Pernales* y tres foragidos que le habían nombrado jefe. El Sr. Porras les dijo que no llevaba ningún dinero, y el *Pernales*, convencido de que no mentía, le dejó marchar.

Al saber lo ocurrido el teniente coronel jefe de la provincia, Sr. Pizá, dispuso que inmediatamente salieran en persecución de los foragidos el sargento del puesto de Córdoba, Ramón Perea, y seis guardias de caballería.

El sargento, hombre de experiencia, bravura y astucia, que lleva bastantes años de servicio y que conoce a palmo el terreno, caminó de noche con su pequeña fuerza, dirigiéndose al camino de Villafranca. Como el Guadalquivir lo corta y forzosamente hay que pasar en la barca, en aquellos sitios se han librado numerosos encuentros entre mo-hatreros, ladrones y guardias.

Perea no se había engañado. Al amanecer llegó con sus hombres, y a poca distancia del río vió a los bandidos, que se disponían a huir, y que al «jaltó» de los guardias respondieron con una descarga cerrada, partiendo en seguida al galope.

Comenzó la persecución, cruzándose entre los civiles y los foragidos bastantes disparos. Unos y otros hacían fuego sin contener a las cabalgaduras, sin detenerse para apuntar, espolando fieramente a los caballos, con el rabioso deseo de llegar al cuerpo a cuerpo los guardias, y con el ansia de fugarse los bandoleros.

De pronto cayó uno de estos últimos, y los otros tres, sin hacer caso de sus voces de auxilio, siguieron galopando, y al ver que los civiles les iban a los alcances, saltaron de los caballos, al abrigo de un matorral, y se internaron en el monte.

Lo anfractuoso del terreno y el conocimiento que de él tienen los que acompañan al *Pernales*, y la imposibilidad de que los guardias se internasen con sus monturas por los breñales, hizo fracasar el copo de la partida.

El sargento acercóse al herido, que estaba agonizando, y le reconoció en el acto. Era un vulgarísimo cuatrero apodado el *Niño de la Gloria*, que recientemente se había echado al campo. Declaró que el *Pernales* había recibido un balazo al comenzar el tiroteo. El *Niño*, a pesar de los cuidados de los guardias, falleció en el camino de Córdoba. Su jefe continúa huyendo, activamente perseguido por el teniente señor Romero, que salió de Córdoba con cinco caballos, al mismo tiempo que Perea, y caminó por distinto terreno, con objeto de cortarles la retirada a los ladrones, impidiendo que ganasen las espesuras de Sierra Morena.

*

Lo verdaderamente curioso en este encuentro es la movilidad del *Pernales*. Diez días antes estaba en Morón—provincia de Sevilla—y comenzaron a reconcentrarse numerosas fuerzas de la Guardia civil, para sorprenderle y cazarle. Pero el bandolero, bien porque le avisaron sus confidentes, ó bien porque olió el peligro, montó a caballo y en pocos días hizo una marcha tan rápida, tan osada y hábil, que recuerdan las de nuestros más célebres guerrilleros. Con sus tres auxiliares, sin descansar más que el tiempo preciso para que no reventasen las bestias, corrióse por Osuna, Puente Genil y Estepa, y, gracias a la aspereza de la región en que se unen las tres provincias de Sevilla, Córdoba y Málaga, pudo remontarse por la derecha de la línea que une a las dos últimas capitales mencionadas, hasta llegar al Guadalquivir. Su deseo era atravesar el río é internarse en las primeras estribaciones de Sierra Morena, donde hubiera burlado, durante algunos meses, la ruda persecución de que es objeto.

El *Pernales*, al engrandecerse, capitaneando a ciertos bellacos de su laya, ha puesto en peligro su cabeza. Antes vivía solo, como un jabato viejo, y con su astucia, realmente extraordinaria, y su impetuoso valor, que le han convertido en héroe de romance, refugio de sus perseguidores. Los labriegos, por temor ó por simpatía—una simpatía inconcebible—, ocultábanle, en vez de auxiliar a la justicia; los propietarios le dejaban en paz, temiendo sus venganzas; el terreno era su aliado, y la oscura de unos jarales, ó la espesa copa de una encina sirvióronle, á veces, de refugio... Ahora, todo ha variado. El *Pernales*, capitán de partida, recorre los campos á caballo, á la luz del sol; el *Pernales* exige más, porque son mayores sus necesidades y se oculta menos. Ayer, la guardia corría siguiendo las huellas de un zorro solitario, que jamás se arriesgaba. Hoy, corre detrás de una manada de lobos que suelen enseñar los dientes... El final está previsto.

*

El coronel del 4.º tercio, D. Manuel de la Barrera, tan conocido por su brillante historia militar en España y en Cuba, y el teniente coronel D. Martín Pizá, primer jefe de la comandancia de Sevilla, encargados de perseguir el bandolerismo andaluz, luchan con tremendas dificultades.

Gracias á sus acertadas disposiciones, en menos de un año han sucumbido siete bandoleros, peleando á tiro limpio con la Guardia civil; y algunos eran tan feroces como el *Soniche*, el *Chorizo* y el *Cristo*, que aterraban á las comarcas donde ponían el pie. Los cuatreros, cómplices y encubridores detenidos en pocos meses, ascienden á sesenta y dos. Pero, desgraciadamente, cortar el mal de raíz es una empresa irrealizable.

La Andalucía hambrienta producirá siempre el bandido. Se trata de una enfermedad endémica é incurable. Recuérdese que el año 1840—antes de la creación de la Guardia civil—tuvo el Gobierno que destinar 3.000 soldados á la persecución de los foragidos. Los niños de Ecija famosísimos, Jaime, el Barbudo, los Monjes, el formidable José María, rey de Sierra Morena, al que se le envió un coronel para que

parlamentase; el Chato de Benamejí, Castillo, Juan Caballero, el Tempranillo, los Chulos, el Bizco del Borge y tantos otros popularizados por novelistas mazorreros y poetas de tafetán en ojos y guitarra en manos, defendiéronse porque eran ensalzadas sus proezas asesinas y loados sus bárbaros arranques; porque una corriente formada por simpatías, egoísmos, terrores y desidia les alejaba de la horca; porque el ambiente, en suma, les era propicio.

En la actualidad—lo declaramos con dolor y vergüenza—nuestra atmósfera espiritual no se ha purificado mucho. Aún inspira simpatías y despierta entusiasmos el ladrón «caballista»; aún hay pueblos—como Estepa—donde hasta ciertas casas parecen invitar al delito, con su puertas silenciosas, sus corrales unidos por suaves rampas y sus discretos escondrijos. Píaras de ganado robadas hábilmente se han visto entrar en uno de esos edificios, y al ir las autoridades á rescatarlas, minutos después, se habían evaporado por mágicas artes.

¿Y á qué seguir? Nuestra intención no es hoy hablar de los encubridores de bandidos, sino de los bandidos mismos, y el hecho que motivó estas líneas ya queda relatado.

LA MALA VIDA

(Á PROPÓSITO DE UN CRIMEN)

La «débauche»—como la llaman nuestros vecinos transpirenaicos—ó la «crápula»—que decimos nosotros—, tiene funestos resultados generalmente. El crimen de la calle de San Miguel es buena prueba de esta verdad incontrovertible.

Un modestísimo funcionario público, Gabino Rodríguez y Fernández, que cobraba por sus servicios como oficial quinto de Hacienda el sueldo ilusorio y nominal de 1.500 pesetas al año, del que le descontaban forzosamente el impuesto sobre asignaciones, la cédula personal y otras gajes por el estilo, se dedicaba á la buena vida, ó sea, á la mala, aunque ello parezca paradoja. Sentía afición á toda clase de placeres mundanos, y era, en pequeña escala y hasta donde los estrechos límites de su paga y el producto de algunos negocios de poco fuste se lo toleraban y permitían, e-e tipo—tan conocido y tan vulgar—del «hombre galante», especie de Don Juan callejero, amigo de los amores fáciles y de las conquistas de encrucijada.

Quiso un día su mala estrella que tropezara en su camino con Magdalena Vela, una viuda joven, arrogante y apetitosa, con treinta años y pico y cuatro retoños de corta edad. Entablaron intimas relaciones, y el idilio se convirtió en tragedia. Doña Venancia, mujer famosa entre la gente de tercerías y zurcimientos de voluntades, les concedió mercenaria hospitalidad en su domicilio, casa de huéspedes volanderos y nido de pájaros errantes.

Después de haberse regalado con buen vino y ricos pasteles, debió de aparecerse entre los amantes el fiero demonio de la ira, aguijoneada—según los indicios más racionales—por el acicate del dinero, ó mejor, de la falta de él...

Rodríguez, de buena fe, sin duda, habíase encargado de administrar las pesetillas que a Magdalena dejó su esposo. ¿Qué especulaciones fantásticas intentó el pobre oficial quinto? ¿Creyó, acaso, que aquella riqueza jamás se extinguiría?

Lo cierto es que, en malos negocios, ó en cuchipandas sazonadas por el amor, los ahorros de la viuda desaparecieron. Y Gabino al oír las reconvenções de su amante empuñó el revólver, disparándole varias veces sobre la indefensa mujer que le acompañaba en sus eróticos deliquios y que cayó muerta instantáneamente; volvió contra sí el arma homicida, y de un solo tiro, en la sien derecha, cayó él también para no levantarse más.

Tal es, en síntesis, la historia de esos infelices enamorados, y ella demuestra que los frutos del placer son amargos y venenosos. Triste herencia la de esos niños, huérfanos hoy de padre y madre, á quienes ésta—por todo patrimonio, por toda hijuela—ha legado un nombre cubierto de infamia y envilecido por el oprobio de una muerte airada y violenta en una casa de aprovechamiento común y torpe...

COPLAS DE LA SEMANA

por UN REPÓRTER

¡¡Ya escampa!!

No ganamos para sustos los reporters madrileños.

La racha de «fieros males, y daños, y asolamientos» no amaina para nosotros. Al contrario, va en *creciendo*; y hoy muere una pobre anciana, víctima de un atropello de los «dichosos» tranvías, en el Puente de Toledo; mañana asesina un joven á su «adorado tormento», dándole de puñaladas en el veleidoso pecho; y al otro día es teatro de un *doble* drama sangriento cierta casa de la calle de San Miguel, *dó* un sujeto larga á su amante tres tiros, que la hacen caer al suelo bañada en sangre y, al verla morir, se suicida él luego.

Cerca del famoso Rastro se reproduce el incendio de las fábricas en donde se trabajó tanto en cueros (Ribera de Curtidores, ¡bien el nombre te pusieron!). Otra mujer á su amante le demuestra su despecho, dándole un balazo (un tiro siempre será un argumento).

Y menudean los robos, timos, reyertas, siniestros, penas de muerte, cogidas; en fin, ¡la mar de sucesos! No ganamos para sustos los reporters madrileños...

*

En provincias no digamos, pues se repiten los hechos «delictivos» con frecuencia tal, que se ponen los pelos de punta al leer en los diarios la crónica de sucesos. ¡Todo es sangre y exterminio!

Pues anda que el Extranjero—lector de mis entretelas—no nos va á la zaga en eso de robos, asesinatos, choques, descarrilamientos, naufragios, timos, estafas, colisiones, huelgas... ¡Cuerno, y cómo están hoy las gentes y cómo se van poniendo las cosas en este valle de lágrimas!

Por supuesto que todos los «fieros males, y daños, y asolamientos» que á la humanidad aquejan, son ahora *fruta del tiempo*... Bulle en las venas la sangre con tan corajudo y fiero ímpetu en la primavera (deidad de iracundo gesto y de airadas intenciones, digan lo que quieran esos vates melifluidos y ñoños, y melenudos y efebos, que su admiración le cantan en melancólicos versos, y la suelen hacer víctima propiciatoria de su estro), que, en cuanto asoma en los campos la bella flor del almendro, y las personas pudientes desempeñamos el torpe de verano y exigimos que nos limpien el sombrero de paja las Marit-rues para que parezca nuevo, la sangre á bullir empieza con júbilo por el cuerpo; y á los unos salen granos, y á otros les entran deseos de matar al *sursum corda* por el más fútil pretexto...

Verdad es que los reporters nos felicitamos de ello, pues—como á los funerarios—nos hacen vivir los muertos; y, si no hubiera homicidios, choques, descarrilamientos, naufragios, timos, estafas, robos, desfalcos, incendios, colisiones, bombas, huelgas... ¡y rayos! en fin, todo eso que definen y sancionan en sus Códigos los pueblos, no tendríamos dos *pelas* para poner el puchero, ni dos peras miserables para hacer cantar á un ciego...

*

Mas, ¡ay!, en todas las cosas son viciosos los extremos, y hasta el cocido hace daño si se toma con exceso.

Que «caiga» de ligos á brevas algún crimen, *¡tanto y bueno!*, pues da ocasión al repórter de justificar el sueldo que gana con su difícil oficio de noticiero *criminal*; ¡pero no tantos como ahora están ocurriendo, porque ya no pasa un día, lector, sin que «registremos» ocho ó nueve puñaladas y dos tiros, por lo menos, y están de moda hoy las frases de «¡A morir los caballeros!», «¡Boca abajo todo el mundo!», «¡La bolsa, ó la vida!», «¡Fuego!», «¡Silvese el que pueda!» y otras muchísimas de ese género...

Los que vivimos, vivimos de milagro, á lo que veo; y lo de «¡Hay que comprimirse!» se va, lector, imponiendo como norma de conducta, y como programa y credo.

Es preciso, indispensable, que se haga ya un escarmiento con los matones de oficio, las hembras de pelo en pecho, los enamorados locos y otra porción de sujetos que tienen la mala sangre por ley y por alimento.

En fin, lector de mi vida, que—como digo al comienzo—no ganamos para sustos los reporters madrileños...

EL SECRETO DE UNA MUERTA

Un veneno que no acusa, pero mata.

Antecedentes.—La muerte de Apolina Celtour.

HACE pocas tardes era sacada de un carruaje de las ambulancias del hospital de San Antonio, de París, apenas el vehículo habíase detenido ante la puerta del establecimiento benéfico, una señora como de cuarenta años, presa de atroces sufrimientos y poco menos que agonizante. El carruaje había sido pedido desde el barrio del Este de París, Montreuil-sous-bois, para la casa del doctor Laforest. Y la señora, desde que vióse en manos de las enfermeras, no vacilaba en declarar, sin añadir detalle alguno, que se la había envenenado. En menos de veinticuatro horas, al día siguiente por la tarde, la señora había sucumbido al mal misterioso que la atacara tan rudamente. Y pocas horas después el cadáver se cubría de manchas sospechosas.

El vientre, particularmente, tornóse violáceo, casi negro; los mismos signos de descomposición rapidísima aparecieron en la pierna derecha, así como sobre el seno izquierdo, donde el médico llamado a comprobar la muerte no contó menos de una quincena de pinchazos subcutáneos, como de inyecciones. La espalda y los riñones habíanse pintado igualmente de negro, y la víctima, que durante su corto paso por el hospital tuvo vómitos muy frecuentes, arrojó todavía deyecciones sospechosas después del fallecimiento, en la sala de cadáveres, donde con gran estupefacción del personal de San Antonio, la muerta había sido transportada.

Todos los síntomas de envenenamiento aparecían con evidencia tan indudable, que el permiso de inhumar el cadáver fué denegado y la justicia prevenida. La difunta no era otra que la señora de Laforest, Apolina Celtour, de treinta y ocho años, habitante en Montreuil-sous-bois, calle Baudin, núm. 18, donde su marido, gozando de una excelente reputación entre el vecindario rural, pasaba por ejercer la profesión de médico. En el gran parque de su finca se dedicaba con entusiasmo a notables trabajos de agricultura, sobre todo al cultivo esmerado de flores parísicas, importadas muchas, para su aclimatación, de exóticos países.

La novela de M. Laforest.

Prevenido en seguida el comisario de Montreuil-sous-bois de lo extraño del caso, ya se disponía el funcionario policiaco a practicar personalmente una información en el hospital, cuando le fué anunciada la visita urgente de los señores de Perissé, hermana y cuñado de la señora de Laforest. Y una serie de revelaciones gravísimas expusieron ante el comisario. Al hacerlas acusaban francamente al Sr. Laforest como autor de la muerte de su esposa. Una novela originalísima y extraordinaria fueron las revelaciones del matrimonio Perissé, de la cual no se podía obtener, sin embargo, la certeza de la acusación formulada. La señora de Perissé, inundada de lágrimas, fué la que habló, en medio de la más dolorosa emoción.

«Mi cuñado—dijo—. Alberto Pablo Laforest, nació el 19 de Febrero de 1862, en el décimo barrio de París, y se casó clandestinamente, en Londres, con mi hermana Apolina, natural de Le Biot (Alto-Saboya) y nacida en 1869. Esta desdichada fué una verdadera mártir. Era empleada de la clínica del Dr. Hubert, ya difunto, cuando conoció para su desventura a Pablo Laforest, que trabajaba entonces en aquel gabinete médico, todavía sin terminar sus estudios de medicina. Esto ocurría en 1895. Los jóvenes se gustaron; muy pronto fueron amantes. Mi hermana poseía diez mil francos de economías. El aprendiz de doctor soñaba con establecerse, y ese dinero debió pensar que le sería cómodo. Y como por otra parte se confesaba bien enamorado de su amante, ¿por qué no regularizar con la unión el lazo creado entre ambos?

Pero la madre de Laforest, que era rica, se oponía bajo amenaza de desheredación a este matrimonio de su hijo, cuyo despegado desafecto, para todo lo que no fuera introducir la mano en la caja materna, le reprochaba cada vez más indignada, reprobándole, en durísimas cartas, sus extravagancias sus gas-

tos, sus placeres y su lujuria. No era caso de perder la herencia, y los amantes, dos años después de conocerse, fueron a casarse en Inglaterra, donde pasaron sólo tres días, yendo a establecerse Laforest, por cuenta del peculio de su madre, que nunca supo el matrimonio, en un local del boulevard Beaumarchais.

Mi hermana, en cuanto volvió a París, se apresuró a practicar las diligencias necesarias para que en Francia fuera reconocida su unión como válida. Cuando Laforest iba a graduarse, murió su madre, dejándole una fortuna de centenares de miles de francos, de la cual formaba parte la linda propiedad que ocupaba actualmente en Montreuil-sous-bois. En este tiempo fué cuando comenzó el martirio de mi pobre hermana, de la cual fui siempre la confidente, interesada en su dicha.

Persecución, secuestro y hambre.

La clínica que Laforest dirigía en París no era más que lujo: salas de baños, salones, antecámaras, criados, nada faltaba allí más que el verdadero médico, porque el doctor no lo era. ¿Qué genio del mal vino a alojarse entonces en el cerebro de mi cuñado; qué extraña manía de grandeza? Ya era rico y establecido con lujo; ¿le pareció poco para él Apolina, y entendió que haría mala figura en el nuevo cuadro mi hermana? Por cuanto pasó después, no cabe duda de que Laforest buscó todos los medios imaginables para desembarazarse de su mujer: los legales, por un lado; los más abominables, los que la han matado, por el otro.

Nada le retenía en el hogar común. Su carácter, bruscamente, se había agriado y reñía con mi hermana por nada y por todo, hasta tal punto que Apolina se estimaba grandemente dichosa cuando su marido, á raros intervalos, recobraba la calma y la sonrisa. Pronto quiso anular el matrimonio. No lo consiguió. Entabló el divorcio, so pretexto, entre otras falsas, de que su mujer no cumplía los deberes conyugales. La separación, mientras se sustentó la demanda, duró tres años, durante los cuales mi hermana vivió con los señores de Sarlins, propietarios, que la querían y la compadecían mucho. Fallóse la demanda á su favor, pero el recurso interpuesto por mi hermana le fué adverso, y los esposos tuvieron que volver á reunirse.

Antes y después, la conducta de Laforest con su mujer fué verdaderamente malvada, tendiendo siempre á que sucumbiera mi hermana, á fin de libertarse de ella. Cuando dejaron la clínica del boulevard Beaumarchais, una tarde, para trasladarse al pabellón de la finca de Montreuil, heredada de su madre, Laforest, que nunca había querido decir á su mujer donde iban á fijar su nueva residencia, se arrojó sobre Apolina, al llegar junto á la plaza de la Bastilla, le arrancó el impertinente y echó á huir, dejándola abandonada. Sin un solo cuarto, no sabiendo á qué santo encomendarse, mi pobre hermana vino á pie hasta mi casa, y en una espantosa escena de desesperación me refirió el hecho en toda su brutalidad. Apolina tuvo que pasar aquí la noche, hasta que al día siguiente encontramos á su marido en el pabellón que acababa de ocupar.

Allí vivió completamente secuestrada. Durante tres meses, el «doctor» la encerró en su cuarto, impidiéndole salir, ver á su familia, ir y venir por la casa. Nosotros, sus más próximos parientes, teníamos que aprovecharnos de las ausencias de Laforest para ir en busca de noticias de mi hermana, que nos respondía con voz alterada, del otro lado de las persianas clavadas. Por carta nos prevenió el «doctor» para que, en beneficio de la paz del matrimonio, no volviéramos á poner los pies en su casa. Esta carta nos la escribió cuando á instancias nuestras el comisario intervino á favor de mi hermana, logrando que cesara la clausura.

Le negaba dinero para comprarse unas botas. No le daba jamás un solo cuarto, y para procurárselos tenía mi hermana que hurtar huevos de la despensa y salir á venderlos en la vecindad, ó bien cortar lilas del jardín y arrojarlas por encima de la tapia á gentes que se las compraban por unos céntimos. Una vez hizo notar á su marido el mal estado de sus vestidos.—«Te daré veinticinco francos, nada más»—respon-

dió bruscamente Laforest.—«Pero eso no es suficiente; tú deberías abrimte un crédito en un establecimiento de venta á plazos, y yo pagaría por meses, á pequeñas sumas.»—«Sólo te daré, te digo, los veinticinco francos. Tú no te habitúas á mirar al porvenir. En un mes, ¿quién sabe lo que sucederá aquí de nuevo!

Las rarezas del doctor.—Brutalidades é infamias.

El «doctor», que era considerado como hábil en la cura de enfermedades de la vista, pero que de médico no tenía más que el estudio de los cursos de la carrera, es uno que vivía en su casa como un verdadero salvaje, sin sentido moral, sin ropa, saliendo por las calles con una gorra de apache, un pantalón de pana y unas alpargatas. Se le veía con una red en la mano, comprando sus provisiones, como una criada, pues no tenía ninguna en su casa. A veces se disfrazaba de mendigo, cubierto de harapos y con un arte estudiado, é iba así, con la mano extendida, á hacerle retratar bajo el pórtico de una iglesia. En otras ocasiones, para fotografiarse, se colocaba una peluca y una barba postiza. ¿A qué obedecía todo esto?

Jamás desperdiciaba ocasión de turbar el pobre cerebro de mi hermana. Una tarde, estando toda la familia reunida en una habitación de la planta baja, el «doctor» subió sin decir nada al primer piso. Creímos que alguna causa urgente le obligaba á aislarse, cuando de pronto se presentó vestido como un verdadero «apache», con cuchillo en la mano, y esforzándose en aparecer trágico y aterrador. El resultado de esta ridícula é infame farsa no se hizo esperar. Al día siguiente, mi hermana, á consecuencia del susto, sufrió un ataque de ictericia. La desventurada ha visto además á la muerte bastantes veces. Una vez que se hallaba en su cuarto, Laforest entró como un loco, la derribó, y apretándole la garganta fuertemente con sus manos, le decía: «Ahora vas á morir, ahora... Tus miembros se agitan... la muerte llega... Ya viene, ¡a vees, la ves? ¡Ah, tú te ahogas... tu fin está ya próximo!...» Cuando Apolina, largo tiempo desvanecida, volvió en sí, apenas pudo reconocer á su marido; tan mimoso se había vuelto con ella.

Laforest perseguía con estas escenas abominables el choque cerebral que acabase naturalmente con su mujer. Estaba el doctor en relaciones con una muchacha de dieciocho años, á quien tenía puesto cuarto en una localidad vecina á Montreuil, en sitio cuidadosamente oculto. La amante y su madre eran llevadas á lo mejor por Laforest á la villa donde vivía con su esposa, la cual no ignoraba el enredo de su marido, porque el «doctor» había tenido buen cuidado de que lo supiera por medio de cartas inflamadas de la muchacha, que dejaba como inadvertidamente sobre la chimenea, para que Apolina pudiera leerlas. Una de estas cartas decía:

Querido mío:
Tengo dieciocho años. Te quiero y tú me adoras. Tú no puedes, sin embargo, compararme á esa mujer con rodete de monégilda. El cutis amarillo de su cuerpo, es comparable á las palideces del mío? ¿Por qué no te deshaces de esa mujer tan ordinaria? ¿Seríamos entonces tan felices!...

El crimen.

Pero puesto que mi hermana no se moriría, era preciso matarla. Y este empeño es el que yo fui conociendo por las confidencias terribles de Apolina. «Yo tengo un miedo horrible de morir envenenada... no comprendo el manejo de mi marido... me da espanto... muchas veces le sorprendo haciendo hervir extrañas mixturas... Si yo muero, escucha: pide que hagan la autopsia de mi cadáver... No dejes que me entierren sin conocer, al menos, la causa de mi muerte.» La conducta perversa del «doctor» con su mujer, la tenía, como es natural, casi siempre enferma. Laforest se aprovechaba entonces de sus males para hacerle tomar los mejunjes que habían aterrado á Apolina. Por mi consejo llevó mi hermana á un médico unos sellos que estaba tomando por prescripción de su marido, y que la empeoraban visiblemente. Con tenían fragmentos de esmalte destinados á turbar el organismo, á provocar la apendicitis.

Un día mi hermana sorprendió al «doctor», en el momento en que se sentaban á la mesa, vertiendo alguna cosa en su plato de sopa. Apolina se negaba á comer. «¿Por qué no almuerzas?»—le preguntó entonces su marido.—«Prueba tú antes la sopa, que tú sabes mejor ya lo que le has puesto dentro»—le respondió

Apolina. Últimamente, la señora de Perissé recibía una carta de su hermana, escrita con garabatos de apresuramiento, en un estilo poco menos que indecifrable. La mártir, me decía—declaraba la buena señora: «Laforest me ha puesto todavía otra inyección. Si estoy mejor mañana, iré á verte.» El mismo día, Apolina habíase presentado en casa de Salins, donde vivió durante el pleito del divorcio, toda sofocada y mal vestida, y puesto de cualquier manera el sombrero, y díjoles así:—«Vengo á prevenirlos para el caso de que me ocurra alguna cosa, de que mi marido me ha pinchado nuevamente con la jeringa de las inyecciones. Se lo he escrito también á mi hermana. En resumen, ya están ustedes advertidos... Si muero, ustedes sabrán por qué.»

Al día siguiente de recibir la carta, Apolina vino á mi casa. No era ya ni sombra de lo que había sido. Apenas podía tenerse en pie. Yo misma tuve que llevarla á su casa de Montreuil, de donde, al otro día, su marido la sacó para transportarla al hospital de San Antonio.

El misterio.

Profundamente impresionado por tan extraño relato, el comisario de policía fué al hospital, y de acuerdo con el juzgado, hizo trasladar el cadáver al lugar—la Morgue—donde se hacen en París las autopsias. Entre tanto la información de los periódicos conmovió á todo París, interesándolo vivamente en el misterio que la muerta habíase llevado del mundo. En Montreuil, el vecindario, habituado á estimar la honradez del «doctor» Laforest, dividía su opinión en dos bandos totalmente opuestos. Una nube de reporters y de fotógrafos rodeaba día y noche la finca de Montreuil, la mayoría de cuyas habitaciones había sido sellada por el juzgado, que antes hubo de incautarse de cientos de frascos, pomos y botellas, llenos de rarísimas sustancias. ¿Serían ellos la esencia misteriosa y mortal extraída por Laforest de sus exóticas flores, para matar á su mujer con venenos sutilísimos, ignorados, capaces de asesinar sin dejar rastro evidente en el organismo donde fueron inyectadas?

Nada se sabe ni probablemente se sabrá nunca. La autopsia del cadáver de la mujer del «doctor», que aun encerrado entre la nieve continuaba su descomposición espantosa, nada concluyente ha revelado ante el examen detenido de los peritos. El juzgado está absorto, la opinión estupefacta, y el titulado «doctor» Laforest, después de haberse exculpado ante la justicia y los reporters, prosigue su vida solitaria, cuidando sus flores y saliendo por las mañanas á hacer la compra de sus provisiones. Ni la justicia ni la opinión tienen cientos sólidos para acusarle, y sobre todos pesa la extraña incertidumbre del misterio, que la ciencia no ha podido arrancar á la muerta.

LA COGIDA DE PEPETE

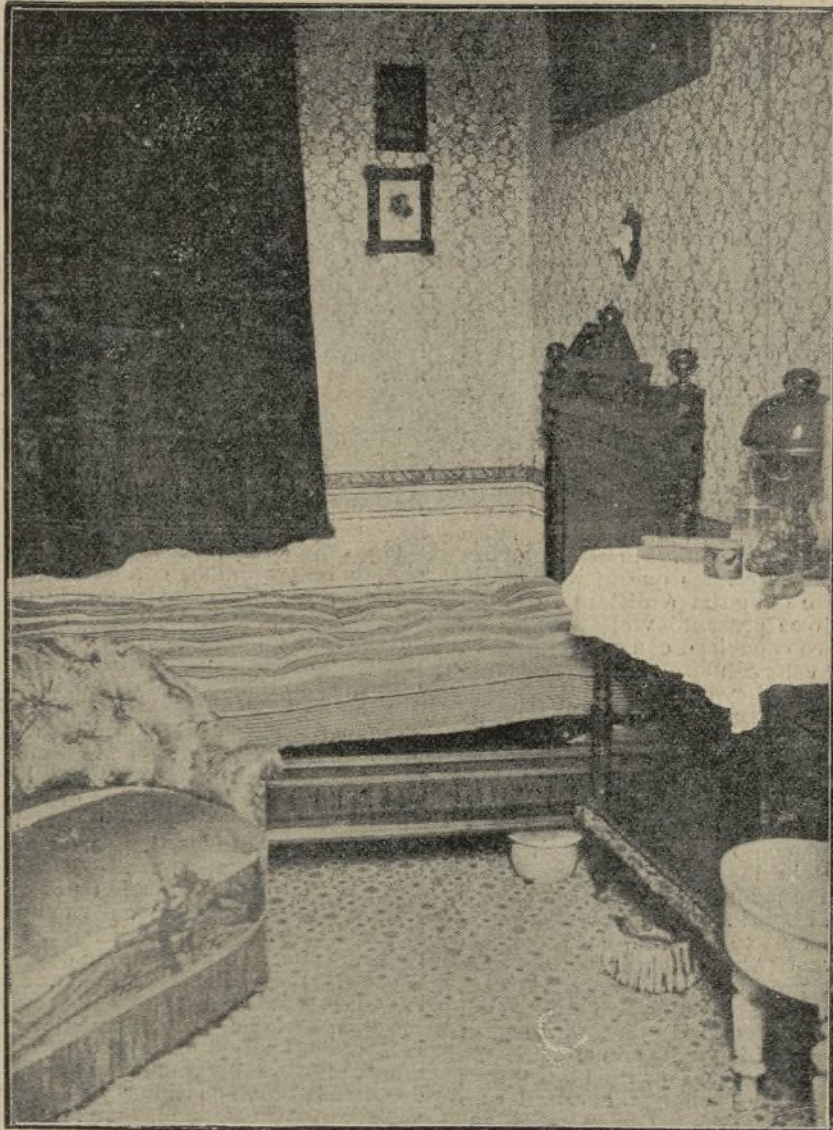
En la corrida del domingo, Pepete, el valentísimo estoqueador sevillano, fué víctima de su loca temeridad. Pepete es uno de esos matadores que suben á fuerza de tesón, voluntad y redazos; que buscan el peligro; que desafían el riesgo, y que, prodigos de su sangre, se imponen y triunfan ruidosamente ó pierden la vida en un momento trágico.

José Claros es un mozo que no se resigna á vivir en la obscuridad de una provincia, trabajando en un oficio humilde; sediento de renombre y de aplausos y de brillo, escogió, como tantos otros, una profesión heroica, y vestido de oro y seda, con un trapo escarlata por escudo, empuñó el recio estoque de los lidiadores y comenzó á recorrer los cosos en busca de la gloria.

¿Sus primeros pasos en la brava carrera? ¿Sus luchas antes de tener contratas, cuando la bestia terrible que le acometía era ese monstruo que se llama miseria? Preguntad á sus compañeros, á todos, y diréis narraciones amargas. Desde Rafael Guerra, el César de los lidiadores, que se educó en un matadero, hasta el último torerillo, todos han sufrido los arañazos de la pobreza en días interminables de abandono y desaliento.

Fuentes ha sido aprendiz en una zapatería de viejo, y ha entregado mil botas remendadas, y ha matado su hambre con mil modestísimas propinas. Sus amigos le llamaban entonces Antónillo el Tufón—por las dimensiones de sus perianas—, y el Tufón siguió llamándose hasta que sus primeros éxitos en los cir-

ASESINATO Y SUICIDIO



La habitación donde ocurrió el suceso.



Magdalena Vela y Gabino Rodríguez.

CONTRA EL BANDOLERISMO



EL CORONEL DON MANUEL
DE LA BARRERA



EL TENIENTE CORONEL
DON MARTÍN PIZÁ

LA TRAGEDIA DE LA CORONA



Ocho mujeres destrozadas.

FOTOGRAFÍAS ALFONSO

COGIDA DE PEPETE



PEPETE AL SER VOLTEADO

POR EL TORO DE BIENCINTO



El diestro acompañado por su hermana, su apoderado, dos de sus banderilleros y su mozo de estoques.

cos le hicieron tirar la lezna y el mote. El *Espartero* recorrió media provincia de Sevilla comiendo uvas y melones y recibiendo testarazos en las capeas. Por un plato de arroz, mató en un pueblo, toreando en un corral empedrado, un torazo mansejón que le volteó varias veces. En Tablada, de noche, ensayábase lidiando reses, y para que, si le sorprendían los guardas, no pudieran después reconocerle, se embetunaba el rostro. Reverte pasó los primeros años de su juventud labrando los campos como huertero. El *Algabero* acarrea estiércol y paja de Sevilla á la Algaba... Y así los demás.

Pepete, que es ambicioso y que tiene tanto coraje como ambición, asombró á los sevillanos por su sangre fría y su acometividad. Las novilladas de Sevilla no se parecen á las de ninguna parte. Como la gran ciudad surte de toreros á España, los que se presentan por primera vez en su coso van resueltos á ejecutar toda clase de valerosas atrocidades para conquistar el cartel. El público, inteligentísimo y enamorado de la bizarria, no escatima sus aplausos á los primeros valientes, y éstos, frente á bestias defectuosas y grandes, suplen su ignorancia con su temeridad. Claro es que por cada bravo pisan aquella arena diez suicidas, y por cada torero diez bárbaros jayanes, y que estas inevitables equivocaciones originan sangrientos espectáculos. El que esto escribe recuerda novilladas, como la famosísima llamada de los pájaros, en que hubo siete heridos; novilladas en que, antes de doblar el tercer toro, habían ingresado los tres matadores en la enfermería, y novilladas milagrosas, como aquella en que se presentó el novillero *Costillares*. El primer bicho le quitó de una cornada, al rematar un quite, una hombrera; el tercero le sacó una manga, y asustado de aquel hombre que se dejaba cornear como un saco de paja, que se le apoyaba en el testuz, que rodaba sobre sus lomos, que caía á tierra, y que, al levantarse, más fuerte y más arriscado y más testarudo, seguía estoqueándole, acabó por retroceder con un pavor casi racional. El sexto toro cogió á *Costillares*, ¡trece veces!, y al doblar, mechando, con el morrillo convertido en un pal de avispa, el torero, con la pechera de la camisa arrancada, la taleguilla como unos zorros, el chaleco destrozado, lleno de verdugones, chichones, cardenales y puntazos, fué sacado triunfalmente de la plaza por un tropel de amigos.

Pepete no ha sido un *Costillares*. Frío, con una frialdad que le permitía defender su vida, evocó la sombra del *Espartero*. No era un novillero de monaditas y alegrías; era un lidiador serio, que procuraba aprender, y que si ignoraba muchas cosas con el capote y la muleta, cruzaba bien al herir y mataba á ley, sin habilidades ni tranquilos. Tomó la alternativa y siguió avanzando, protegido por los sevillanos; mas para que su fama creciera, necesitaba el visto bueno de Madrid, que contrasta el oro de las reputaciones, y á Madrid vino por el aplauso de los madrileños.

En la primera corrida que toreó esta temporada estuvo bien, y la prensa le elogió con rara unanimidad. El domingo mató á su primer toro con escaso lucimiento, y quiso volver por la negra honrilla en el último. Era un manso de Biencinto, que había sido fogueado y que llegó al tercio final descompuesto, incierto y revoltoso. *Pepete* le dió pocos pases, persiguiendo al buey, y en los tercios del 2, viéndolo igualado de patas, sin darle siquiera un muletazo de tanteo, á pesar de que el bicho adelantaba la cabeza, desafiando, quiso herirle. El de Biencinto volvió el cuello al arrancarse *Pepete*, y le acometió huyendo. Entonces el matador, en un momento de vacilación, perdida la serenidad, azorado, en vez de burlar la acometida con un pase de pecho ó salvándose por pies, quedó inmóvil, levantó instintivamente el acero, y lo clavó hasta la guarnición en el lado contrario, al mismo tiempo que el toro le levantaba.

El sevillano, que fué volteado y derribado, quedóse unos segundos sin movimiento, y de pronto, sin duda acometido por un agudísimo dolor, llevóse ambas manos al pecho y gritó ronca mente:

—¡Ay, madre, madre, que m'ha calao! Leváronle á la enfermería, en brazos, sin que *Pepete* diera muestras de debilidad, y al colocarle en la cama, encarándose con el médico, dijo con gran entereza:

—Que avisen á mi madre, doctor. Yo respiro por la herida. Esto es muy malo.

El doctor Roa vió que la lesión era

tremenda. El cuerno había entrado por el pecho, fracturando dos costillas y rompiendo la pleura. Hecha la cura, que fué dolorosísima, *Pepete*, animoso, pero con gran fatiga, habló con sus amigos.

—¡Mire usted—exclamaba—que venir uno á Madrid pa colocarse y topar siempre con mansos? ¡Qué desgracia soy y qué fatigas me está costando llegar!

Poco después quedó el diestro postradísimo y comenzó á pedir agua y aire, diciendo que se asfixiaba. En los pasillos aguardaba el público lleno de ansiedad, comentando la cogida y dando muestras de sentimiento al oír los graves rumores que, sin mala intención, propalaron algunos alarmistas. No faltó quien afirmara que había sido llamado con toda urgencia un sacerdote para que diese la Extremaunción al herido. Por fortuna esto no era cierto, y el doctor Roa autorizó la traslación del torero á su hospedaje.

Durante el trayecto, *Pepete*, que iba lívido, mirando con ojos acagados á la multitud, no cesó de pedir agua.

—Agua, agua, por Dios, que me ahogo.

Al cerrar este número, el doctor Castillo, que asiste al valeroso espada sevillano, observaba en él síntomas favorables. La gravedad no ha desaparecido, porque la lesión que sufre *Pepete* es tremenda; pero, al menos, el peligro no es inminente.



Toribio está verdaderamente apesadumbrado ante la serie inacabable de crímenes pasionales que, desde que entró la Primavera, constituyen una sección fija de los periódicos diarios.

No conoce las razones médicas, ni mucho menos las psicológicas que pueden justificar estos desequilibrios mentales; pero su sagaz instinto le hace sacar consecuencias que, si no son científicas, son razonables y, sobre todo, prácticas, pues no es la razón patrimonio exclusivo de los doctos, y bueno es saber lo que dicen los libros, pero también es necesario saber lo que no dicen.

Y en esto si que *Toribio* es un incomparable maestro; de algo le ha de servir su constante trato con el mundo, donde se aprende más que en el aislamiento de las bibliotecas, y su conocimiento de los corazones, que son otros tantos libros... En primer lugar no está muy conforme con esa calificación de *pasionales* conferida por el derecho moderno á esta clase de crímenes, que antes se llamaban, lisa y llanamente, asesinatos ó homicidios; bien es verdad que el entendido el amor á su manera, y si su *Toribio* le engañase tendría para ella un artístico gesto de desdén ó una poética frase de clemencia, y se limitaría á sacar, filosóficamente, la lengua.

No le entra en la cabeza eso de *crímenes por amor*; le parece una paradoja y dice, con su gedeónica sencillez, que donde hay amor no puede haber crimen y donde hay crimen no puede haber amor.

Porque si la justicia no se hubiese dejado sorprender la primera vez por esa palabreja sensiblera, dándole, con su aceptación, patente de legitimidad en los autos, no se confiarían á ella muchísimos matones que antes de dar rienda suelta á su pasión ya tienen hecho el sumario de su delito y calificado éste de *pasional* y descontento el sobreseimiento de la causa. ¡Como que se lo están anunciando á su víctima un año antes de sacrificarla!

Mira—la dicen—que yo te doy una puñalada amorosa y me echan á la calle y encima salgo con una aureola de héroe novelesco que me da el gran cartel entre las mujeres románticas.

Y así ocurre, en efecto. Lo cual es *matar al cantado*, como se juega á carambolas.

Esto dice *Toribio* y no dice mal á pesar de no ser ateneísta, ni miembro del Instituto de Reformas sociales, ni haber pasado siquiera por el de San Isidro.

Así es que, en cuanto ve á dos novios en una esquina, le entran ganas de agarrar á la novia por una mano y ponerla sobre aviso. Si no lo hace es porque la mayor parte de las veces no encuentra mano de qué agarrarla.

El otro día hizo más; nos trajo el re-

trato de una pareja amorosa que platica frente á su casa.

—¿Para qué queremos esto?—le dijimos.

—Ténganlo en cartera, que ya les hará falta—nos respondió—. Huelen á crimen pasional que apestan.

Todavía, cuando se suicida el agresor, cabe poetizar el delito, y así lo hace la musa populachera, llevando tras de los fúnebres á la multitud, que obliga á las autoridades á que les entierren juntos, y, si éstas se niegan, los entierre por sí misma; pero, en la mayoría de los casos, el matador profesa la teoría de que *entre dos que bien se quieren con uno que vive hasta*, y se presenta al juez tan campechante, seguro de que la palabra *pasional*, puesta en labios de su defensor, será el talismán que le abrirá las puertas de la cárcel.

Toribio opina que, para evitar ó, al menos, aménorar los crímenes pasionales, era necesario establecer el *suicidio obligatorio* de los agresores.

—¿Por qué matan á sus amantes?—se pregunta *Toribio* con su peculiar filosofía—. ¿Porque no pueden vivir sin ellas? Pues á demostrarlo.

Toribio trata íntimamente al Amor y sabe que no tiene más que una hija: la Clemencia.

La Venganza no es de la familia, ni siquiera visita de la casa, y si ella lo dice es por darse pisto de pertenecer á tan linajuda estirpe, cuyo árbol genealógico arranca del mismo Dios en línea directa, sin necesidad de acudir á reyes de armas, zureidores de abolengos desgarrados.

Por eso *Toribio* no transige con la paradoja de que haya *crímenes por amor* y eso que tiene la manga ancha para las paradojas, porque, de lo contrario, sería imposible vivir en este país donde un cura fundó el Ejército y un militar instituyó la orden religiosa más extendida, y donde para ser empleado de seis mil reales se necesitan un título académico, unas oposiciones y muchísimas influencias, y para ser primer ministro de la nación basta con ser español y haber cumplido los veinticinco años.

¿Y cuando son las mujeres las que matan á sus amantes?

¡Ah! Sobre este punto *Toribio* no tiene opinión ninguna. Hombre galante y caballeresco antes que nada, le parece perfectamente todo cuanto hacen las mujeres, incluso matar á los hombres.

¿Qué más da—se dice—que nos maten de una vez, si, al fin y al cabo, nos han de ir matando poco á poco!

EL SASTRE DEL CAMPILLO

CURIOSA PREDICCIÓN

EL REY Y LA GITANA

Con motivo del reciente viaje á París de Haakon VII, rey de Noruega, se habla de un suceso extraordinario que obraba hace largo tiempo como una pesadilla sobre el espíritu del nieto de Christian de Dinamarca, el rey más viejo que impera en Europa. Este relato, hasta aquí ignorado, está siendo divulgado por vez primera en estos días por los periódicos escandinavos, en cuyos países causa una impresión profunda.

Conviene recordar como antecedente necesario para la mejor comprensión de este cuento de hadas, que el príncipe Carlos de Dinamarca, hoy rey de Noruega (país donde se habla la misma lengua de la nación danesa), no podía soñar en reinar en su país sin que su hermano mayor, Christian, hijo primero y heredero directo del actual rey de Dinamarca, llegase á morir antes que él. Apuntados estos datos, comencemos la historia, que arranca de España y de una española, andaluza por más señas.

En 1890, la corbeta danesa *Heimdal* hacía un crucero por el Mediterráneo; la clase superior de la escuela naval estaba á bordo. Sobre el puente, dos jóvenes, el uno, alto y esbelto—el príncipe Carlos—, el otro, su camarada y amigo de la infancia, Herdebred, rechoncho y ancho de espaldas, miraban hacia la costa, deseosos de abordarla.

—¿Crees tú—preguntó Herdebred—que iremos á atracar en Málaga?

—¡Pero—respondió el príncipe—si yo no estoy mejor enterado que tú de adónde vamos! Tú sabes en este punto la seguridad de mi abuelo, que ha ordenado expresamente que yo sea tratado como el resto de mis camaradas.

Al día siguiente, el *Heimdal* entraba

en el puerto de Málaga. Los guardias-marina fueron autorizados para saltar á tierra. Al desembarcar, Herdebred, dirigiéndose á un viejo marino, le preguntó: —¿Usted que conoce todas las ciudades del Mediterráneo, ¿qué hay que ver, de preferencia, en Málaga?

—Muchas cosas, pero sobre todas la guapa adivinadora gitana Dolores de Isla, que tiene un cafetín en la calle del Carmen.

*

Por la tarde, todos los futuros oficiales de la marina dinamarquesa estaban en el café de la calle del Carmen sentados delante de una botella de Pedro Ximénez. Naturalmente intrigado por la curiosidad de conocer su horóscopo, el príncipe, que nada hacía distinguirse de sus compañeros, se dirigió á la dueña del establecimiento, diciéndole:

—¿Querría usted, señora, decirme la «buenaventura»?

—Con mucho gusto, hijo mío—respondióle salerosamente la malagueña—. Venga esa mano.

La quironántica clavó su mirada en las rayas de la mano principesco, quedándose un momento pensativa, y después, de repente, retrocediendo algunos pasos, contempló al joven de frente y le preguntó, con la voz alterada:

—¿Pero qué es usted, señor? ¿Me lo quiere usted decir?

—Como todos mis camaradas, uno de tantos: guardia-marina de la escuadra danesa.

—Traiga usted la mano otra vez. Me habré yo engañado. Habré visto mal. Venga usted conmigo aquí, á la luz de la lámpara.

—¿Pero para qué?—preguntó el príncipe, ligeramente irónico.—¿Acaso con la lámpara va usted á ver más claro en las tinieblas del porvenir? De todas maneras, ¿tiene usted inconveniente en hacer en seguida y en alta voz sus revelaciones?

—Yo veo claro siempre y de todos modos—respondió la adivinadora con fineza, pero con un poco de altanería.—Falta saber si conviene que sus compañeros de usted oigan lo que yo voy á decirle.

El príncipe se levantó y siguió á Dolores hasta el sitio indicado, bajo la luz. Allí, en voz baja, la profetisa murmuró al oído del príncipe algunas palabras que nadie pudo entender. Cuando el príncipe volvió á su asiento, estaba tan pálido, tan alterado que ninguno de sus camaradas se atrevió á preguntarle el secreto que le había revelado la misteriosa andaluza. Y sin decir palabra, salió repentinamente del café.

*

Un mes después, la expedición tocaba á su término. El *Heimdal* rendía su viaje en el puerto de Copenhague. Sobre el puente, los dos juntos, como en el Mediterráneo, ambos amigos, Herdebred y el príncipe Carlos, soñaban en silencio, cuando de repente el príncipe, como si despertara del sueño, exclamaba:

—¿Te acuerdas tú de la adivinadora de Málaga?

—¡Ya lo creo que me acuerdo!

—Todo lo que me dijo, ¡claro!, no es sino una tontería. Los hombres serios no deben parar en tales cosas. Sin embargo, hay entre el cielo y la tierra tantos misterios que los sabios no han penetrado todavía, como el hipnotismo, por ejemplo... Escucha: tú has sido siempre para mí un amigo verdadero, y antes de separarnos quiero hacerte una confidencia. Yo he consignado por escrito, palabra por palabra, todo lo que me dijo Dolores Isla. El papel está encerrado en este sobre, sujeto con tres sellos. Prométeme guardarlo hasta el día en que yo te pida que lo abras delante de mí. En el caso de que yo muriera antes, tú quedas en libertad de romper los sellos y leer el contenido del sobre, porque si tal caso llegara todo lo de la andaluza no habría sido más que una mentira.

Después el príncipe entregó el sobre á su amigo. Y el sobre tenía esta inscripción: *Málaga, 1890. Carl. Herdebred cogiólo y lo guardó en su cartera.*

*

Diez años habían transcurrido desde la fecha de esta secreta confidencia. Herdebred los ha pasado viajando por todos los mares del globo. Una mañana de Julio de 1900, transitando por el *boulevard Strand*, una de las maravillas del mundo, en Copenhague, el azar le colocó frente á frente del príncipe Carlos. ¡Feliz encuentro! Los dos amigos cambian efusiones de ternura, recuerdos de

la infancia, de la escuela, de los viajes. Y de repente:

—¿Te acuerdas tú todavía —dice el príncipe— de la adivinadora de Málaga?

—¡Vaya si me acuerdo!, y siempre tengo guardado el sobre aquel en uno de mis cajones cerrado con llave.

—¡Bueno! Entonces me vas a hacer un gran favor si vienes a almorzar hoy conmigo, a mediodía. Estaremos solos mi mujer y yo. Tú sabes cuanto le gusta recibir a mis amigos. Llévame el sobre y sabrás la explicación del enigma.

A la hora convenida, Herdebred se encontraba en Bregdade, el lugar de la cita. El almuerzo transcurrió alegremente. Al tomar el café, cuando los dos hombres habíanse quedado solos para fumar:

—¡Bien! —preguntó el príncipe—. ¿Y el sobre?

Herdebred abrió su cartera, colocó sobre la mesa el pliego sellado y miró a su anfitrión como diciéndole: «Lo que un amigo me confía, permanece en mi poder bien secreto.»

Contemplando el sobre, el príncipe rompió a reír, pero en seguida su fisonomía tomó una expresión de seriedad; luego, después de haber hecho un movimiento como para dominarse antes de hablar:

—Tú sabes, mi querido amigo, cuanto me han atormentado las palabras estúpidas escritas en ese papel? ¡Pero gracias a Dios, que ha sido pura broma todo lo que me predijo allá abajo, en Málaga, la maldita bruja! ¿Quieres abrir la carta y leer lo que dice?

Herdebred cogió la plegadora que había sobre la mesa, abrió el sobre y leyó: *Tendrás un trono, y cambiarás de nombre, sin cambiar de lengua.*

Pasado un breve silencio, el príncipe replicó:

—Tú comprenderás que un pobre muchacho de dieciocho años se asustase de una profecía hecha tan lejos de su patria por una mujer que no tenía la menor idea de lo que yo era. Sabes tú cuanto quiero yo a mi hermano. No hay persona que yo más quiera en el mundo. ¡Y su muerte solamente podía hacer posible el cumplimiento de la predicción!

El príncipe se pasea a lo largo del comedor, presa de una violenta emoción, hasta que calmado vuelve a sentarse y continúa:

—Desde hace diez años, cada vez que Christian, este hermano tan leal y tan magnánimo, sentía el más leve malestar, yo experimentaba indecibles inquietudes; la imagen de su muerte, invocada inevitablemente en mi espíritu por las palabras de la profetisa, se aparecía delante de mis ojos. Y esta pesadilla frecuente mi imaginación desde hace diez años. Por fortuna, cuando mi hermano se casó, mis temores se apaciguaron un poco, y mucho más cuando tuvo un heredero, Federiquito. Por último, desde ayer, en que acaba de nacerle otro robusto chico, me encuentro completamente tranquilo, y me doy cuenta de que todo cuanto me predijo aquella endiablada doña Dolores Isla, en Málaga, fue un solemnísimo embuste.

*

Cinco años más tarde, el 13 de Noviembre de 1905, el príncipe Carlos de Dinamarca, convertido en Haakon VII, y cambiando de nombre, sin cambiar de idioma, subía las gradas del trono de Noruega.

CASO EXTRAORDINARIO

Una mula fecunda.

HASTA aquí nunca se había dado el caso de que la mula, producto híbrido de infecundo de la cruce del caballo y el asno, llegase a tener prole. Por esto ha sorprendido grandemente a los naturalistas de Madrid, el envío, hecho al Museo, de un feto procedente de la unión de un asno con una mula.

Para deshacer las dudas de lo extraordinario es insólito del caso, el feto ha venido acompañado de una certificación suscripta por el veterinario de Alcalá de Guadaira, pueblo inmediato a Sevilla, donde ha ocurrido el notable fenómeno. El veterinario asegura que asistió a la madre en el parto y que le merecen crédito las personas que atestiguan la unión de la mula con un asno.

Sin embargo, el suceso es tan pasmoso, que, a pesar de las afirmaciones del veterinario, no se considerará cierto hasta tanto que una detenida investigación no demuestre que la madre del feto

no es una de esas yeguas que por su parecido con las mulas se llaman muletarras. Las yeguas dedicadas durante cierto tiempo a la producción de mulas, mediante el cruce con asno, suelen ser luego unidas con caballo para obtener individuos de esta raza. La influencia de las primeras uniones con asnos se conserva en la madre, y se manifiesta después en las uniones con caballo, resultando esas yeguas amuladas, una de las cuales pudiera ser muy bien la mula fecunda de Alcalá de Guadaira.

Por el mundo

La Mano Negra.

SICILIA tiene la sociedad secreta «La Matías». Italia tiene «La Camorra». Los Estados Unidos tienen las dos a un tiempo. Asociadas estrechamente, bajo el emblema «La Mano Negra», ambas temibles sociedades de malhechores han arraigado profundamente en el suelo de la gran República americana.

¡Pobre del italiano (porque se da el caso curiosísimo de que mafistas y camorristas se dirigen solamente a sus compatriotas); pobre del italiano—repetimos—que haya logrado hacer fortuna en el territorio de la Unión! Un día u otro encontrará, bajo la puerta de su casa, una carta que llevará por toda firma una mano negra toscamente dibujada con tinta, y en la cual se le invitará a acudir, en tal hora y a tal lugar, para que allí entregue a la persona que se le acerque la cantidad de tanto o cuanto. Si la víctima de los afiliados tiene hijos, aquellos le harán venir a razones amenazándole en la carne de su carne. Veán nuestros lectores un caso típico en este género de trabajo:

En los primeros días del año actual, el niño de seis años Salvatore Saitti desapareció de casa de sus padres, residentes en Nueva York, por haberse negado éstos a acceder a las exigencias de la «Mano Negra», que les pedía la modesta suma de 10.000 dólares. Durante dos meses largos de talle, los más finos sabuesos de la policía neoyorkina husmearon inútilmente por todas las casas sospechosas del barrio italiano, buscando las huellas de la criatura desaparecida y el rastro de sus secuestradores. Por fin, el *signore* Antonio Saitti, padre de aquella, volvió a su casa llevando de la mano a Salvadorito. ¿Dónde había encontrado al niño? En una esquina—manifestó—sin querer decir nada más.

La cosa era clara como la luz. Temiendo por la vida de su hijo, había entregado a la «Mano Negra» toda la cantidad pedida, ó una gran parte de ella, comprometiéndose, además, so pena de terribles represalias, a guardar silencio. La policía, sin embargo, no se dio por vencida. Detuvo a algunos individuos sobre los cuales recaían vehementes sospechas de haber cooperado al secuestro de Salvador, y el Sr. Saitti fué llamado a la Comisaría de su distrito, a fin de que diese algunos informes, según decía la citación. Ello no era más que un pretexto. Habiendo sabido el comisario que, desde el rapto de su hijo, Saitti no se separaba un momento de él, contaba el perspicaz funcionario—y los hechos vinieron a darle la razón—con que Salvador acompañaría a su padre al *bureau de police* y que allí reconocería a su secuestrador en el caso de que estuviera entre los italianos detenidos.

—Ese hombre es el que me robó—dijo, efectivamente, el niño, señalando a un tal Pietro Pamparini, a quien de intento se había hecho pasar ante la criatura, y al cual, no obstante sus reiteradas negativas, han condenado a algunos años de prisión.

Si el capitalista a quien se dirige «La Mano Negra» no tiene mujer ni hijos, se le amenaza en su propia vida. He aquí la carta que un panadero adinerado de Nueva York recibió hace algunos meses:

«Amigo Buffardo: Tú eres rico; nosotros pobres. Rescata tu vida por 15.000 dólares, de lo contrario, te mataremos de un tiro por la espalda y luego te cortaremos el pescuezo.»

Buffardo envió la carta a la policía, y el resultado fué que a los pocos días recibió otra más amenazadora aún. Muerto de miedo, se embarcó secretamente para Hamburgo, desde donde pasó a su país natal, estableciéndose en las inmediaciones de Génova.

Tres días después sus vecinos le hallaban muerto en los umbrales de su casa.

El cadáver presentaba un balazo en la espalda y una tremenda cuchillada en el cuello. Sus asesinos habían rubricado la hazaña, pintando con carbón en la puerta una mano negra. Los malhechores, desconocidos hasta ahora, hicieron honor a su palabra.

Policías criminales.

En nuestro número anterior dimos cuenta de la enorme sensación producida en la Cámara italiana por la acusación que un representante socialista lanzó contra el diputado por Nápoles, Pepuccio Romano, diciendo que éste se hallaba en connivencia con los jefes de «La Camorra». Según los periódicos extranjeros que recibimos estos días, el escándalo llega al colmo. *Il Mattino*, de la referida ciudad, ha publicado recientemente un artículo de su director, Evaristo Scarfoglio, que ha causado gran impresión en toda Italia. En él asegura tener pruebas irrefutables de que la policía de Nápoles ha sido por espacio de mucho tiempo cómplice de los malhechores de «La Camorra» en todos sus robos y asesinatos.

Agrega que la mejor parte del producto de tales robos iba a parar a manos de los jefes de la Seguridad pública intimamente unidos a los de la sociedad de bandidos. Afirma también que se halla dispuesto a demostrar que, durante las pesquisas hechas por los carabinieri (instituto análogo al de nuestra Guardia civil) para descubrir a los asesinos de los esposos Cuócolo, y a consecuencia de las cuales se detuvo hasta 104 personas, la policía se consagró incesantemente a entorpecer el buen resultado de sus gestiones, protegiendo a los presuntos culpables, albergándolos en las mismas Comisarias de vigilancia y facilitándoles los medios de huir al extranjero. Todos los periódicos reproducen largos párrafos de ese sensacional artículo, y reclaman unánimemente que se abra una información gubernativa para averiguar lo que haya de cierto en las gravísimas denuncias formuladas públicamente por el director de *Il Mattino*.

A un alto funcionario de la policía napolitana se le ha acusado rotundamente en la prensa de haber estado en un café con el jefe de «La Camorra», Erricone, mientras algunos de sus *consocios* saqueaban un almacén. Y, por otra parte, los periodistas Possolu, Gurrino y Vakilopulos, redactores de *La Propaganda*, de Nápoles, han firmado en dicho periódico una declaración asegurando solemnemente la complicidad del diputado Pepuccio Romano en los delitos de «La Camorra». En Italia no se habla ahora de otra cosa que de estas revelaciones de la prensa, y la opinión pide el castigo de los culpables.

La conversión de un millonario.

Sin que nadie lo contradiga, viene corriendo en Washington el rumor de que el famoso archimillonario Mr. J. Pierpont-Morgan, uno de los más firmes sostenes de la Iglesia episcopal protestante de Norte América, está en vísperas de convertirse al catolicismo.

A este propósito se recuerda que no hace mucho Mr. Pierpont-Morgan adquirió a alto precio una magnífica casulla que perteneció al Papa Nicolás IV, y que, al saber que tan rico y valioso ornamento sacerdotal había sido robado de la catedral de Ascoli, la donó al Vaticano, quien—como recompensa a tal acto—ha dispuesto que el nombre del archimillonario sea bordado en la preciosa tela de la casulla por él restituida tan generosamente.

Un gran casamentero.

Cierto periódico de París publica un interesante estadística, según la cual—si sus informes son exactos, como creemos—el baile es un gran zurcidor de voluntades y un auxiliar poderosísimo de las agencias de matrimonios.

No sabemos quién dirigió a los maestros de baile del Viejo y del Nuevo Continente esta sugestiva pregunta: «¿En dónde y cómo se hace con más frecuencia conocimiento con el futuro cónyuge, con el «alma-hermana», con nuestra media naranja, que decimos los españoles?»

La cuestión fué propuesta a los más notables y renombrados profesores de danza (que son 3.093 en todo el mundo) y han contestado a ella 1.097.503 jóvenes ya casados ó casaderos, alumnos y ex alumnos de los aludidos maestros. La

«enquete» ha exigido nada menos que cinco años de reflexiones y de cálculos, y he aquí el resultado de la misma:

El 75 por 100 de los discípulos y el 92 por 100 de los profesores deben al arte de Terpsícore su felicidad conyugal. Alemania va a la cabeza de los países en que se ha hecho tal investigación, con un promedio de 87 por 100, lo cual indica bien a las claras la influencia de los vales de Strauss y de Waldteufel en el buen fin de los noviazgos. Siguenle Suiza, con un 85 por 100 de idilios; Francia, con 83; América, con 80, y Grecia, con 79. El menor contingente lo proporcionan Portugal y Noruega, con 47 y 33 por 100, respectivamente. No son mucho más considerables las cifras de Montenegro y de Turquía; y lo de esta última se comprende, puesto que la danza y sus «lazos» matrimoniales son cosas perfectamente inútiles en un país en que está permitido a todos casarse diariamente en segundas nupcias...

De España no dice nada la estadística. Y no sabemos si, adelantándose a ella, vislumbró tales resultados nuestro famoso padre Claret, en aquel su célebre rimado dístico:

*Jóvenes que estáis bailando,
¡al infierno vais saltando!*

Y aquí, el matrimonio y el infierno son sinónimos casi siempre...

LAS PESCADERAS GALLEGAS

EN la cuarta plana publicamos un apunte del espantoso suceso de la Coruña. El lector recordará las amplias informaciones que insertó la prensa diaria. La última versión de lo ocurrido, según los diarios de la Coruña, es la siguiente:

Un carro, en el que iban nueve mujeres, que regresaban del puerto, donde habían hecho la limpieza del pescado, penetró en la vía; el carretero, que vio las cancelas abiertas, nada temió, y su sorpresa y su espanto fueron horribles al aparecer, de pronto, ante sus ojos, la mole resplandeciente de un tren. La catástrofe no pudo evitarse. Chocó la máquina contra el carrillo, lo arrastró y lo deshiizo, triturando su carga humana, y cuando el maquinista, espantado, dió contravapor, ya era tarde.

Teresa Peña y Manuela Amor habían muerto, y sus compañeras, que habían quedado bajo el convoy, y que fueron extraídas levantando los coches con gruesos maderos, sufrían gravísimas lesiones.

Manuel Conceiro, guarda del paso a nivel, responsable de lo sucedido, porque, según parece, estaba emborrachándose en una taberna, en vez de ocupar su puesto, ha sido detenido.

Otra víctima del terrible suceso ha sido el jefe de la estación, que fué abofeteado por la multitud.

CHIFLADURAS «YANKEES»

UN CASAMIENTO EN LOCOMOTORA

EN algunos Estados de Norte América no se exige para la celebración de un enlace matrimonial ni levantar acta ni la presencia de testigos. Los magistrados de cualquier orden y los sacerdotes de todas las religiones tienen derecho de casar a quien bien les plazca. Dos jóvenes de Teunessaw, desesperando de lograr el consentimiento de sus familias, huyeron de sus respectivos hogares y subieron a un tren de la línea Knoxville-Agusta. El joven encontró en el vagón a un amigo suyo, le refirió sus cuitas, y supo por él que el maquinista del tren era el juez de paz de su pueblo (cargo electivo y honorífico).

El tal amigo se ofreció a servirle de intermediario, y en la primera parada del tren *intervinieron* al maquinista-magistrado, quien, encantado por lo original de la aventura, prometió que celebraría el matrimonio en la estación siguiente. Y así se hizo.

Los aspirantes al enlace subieron a la máquina, y el señor juez de paz, con su blusa y su pantalón manchados de carbón y de grasa, pronunció las palabras sacramentales.

La ceremonia nupcial no duró más que dos minutos.

Y lo que era una escapatoria, se convirtió en un viaje de novios.

Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL
Mesonero Romanos, 31, Madrid.

GUARDIAS Y LADRONES



EL «NINO DE LA GLORIA», MUERTO, Y EL «PERNALES» HERIDO

Ayuntamiento de Madrid